

Creías que eras un arroyo cristalino, limpio de despojos, en especial libre del vasto almacén de hechos y citas que habías adquirido previamente y que más adelante habías suprimido hasta convertirte en aquello que tu Viejo te había llamado sin ocultar su desprecio: un fanático del cine.

Sin embargo, en realidad no eras más que un río de miedo, obstruido y turbio, anegado en tu oscura resaca.

Conoces bien las profundidades que recorrían las aguas de ese río a la vista de lo que se ha extraído de su cenagoso lecho: un mundo entero de lecturas enterradas.

De pronto te acuerdas de *Tres muertes* de Tolstoi. Recuerdas haber seguido el relato hasta llegar a la primera muerte, después la segunda, cada vez más ansioso a medida que se acerca el final, y la tercera muerte sigue sin llegar y ni siquiera se perfila un personaje aparentemente destinado a padecerla. Entonces aparece un obrero con un hacha colgada del hombro que cruza con dificultad un cementerio hacia un árbol enorme. Sientes el estremecimiento del árbol cuando cae sobre él el primer golpe del hacha. Sus ramas extendidas tiemblan, presas del pánico. Percibes el terror del árbol al ver estremecerse cada una de sus hojas. Con cada golpe se debilita: una fuerza vital que se desvanece lentamente hasta que por fin el árbol asesinado deja escapar un gemido y cae, convertido ya en la tercera muerte del relato.

Ahora cuatro muertes se arremolinan a tu alrededor como los restos astillados de un barco naufragado. Sientes una ligera sombra de inesperada humedad en la yema del dedo, el agua cubriéndote los

tobillos, el arco de un empapado hierro forjado de color negro, un pesado miembro.

Aparece un guardia. La luz gris y opaca vela su placa. Aun así, y durante un instante, tan sólo puedes concentrarte en la placa. Entonces la ves brillar en un deslumbrante destello, como el flash de un fotógrafo, y te preguntas si es así como ella la vio, cegadora y en cierto modo implacable.

El guardia abre la puerta de acero de la celda.

—El detective Petrie le espera —dice.

Te levantas del camastro, te mueves sobre el suelo de cemento y avanzas después por un pasillo hasta una habitación en la que esperas encontrar a Petrie deseoso de oír tu versión de lo ocurrido. Has renunciado a tus derechos y, según tu propio consejo, contarás tu versión de los hechos.

Sin embargo, como el detective Petrie todavía no ha entrado a la habitación, te tomas unos instantes para inspeccionarla y orientarte en la medida de lo posible. Hay una mesita plegable con una cafetera cuyo recipiente de cristal está ya lleno de café. Junto a la máquina ves un montón de vasos de poliestireno, un reloj en la pared y también un calendario.

Te acercas a la ventana y vislumbra desde allí la pequeña porción del mundo que ha contenido tu insignificante vida como si ésta fuera un simple guijarro en la palma de su mano. Te has convertido en un estudioso de asesinatos nuevamente representados. Recuerdas un telefilme que viste en su día sobre el Estrangulador de Hillside: recuerdas que el fiscal llevó a una colina a los miembros del jurado y luego ordenó que el reflector de un helicóptero de la policía iluminara primero aquel punto, luego aquel otro y por fin al de más allá. Todos eran puntos donde se había hallado un cuerpo. La última luz iluminó la casa del asesino, el espantoso centro geométrico de esa carnicería. Ahora miras por la ventana y mueves la mirada como un reflector desde Victor Hugo Street a Dolphin Pond, y desde allí a Carey Towers y a Salzburg Garden. Imaginas largas tiras de cinta amarilla que van de un lugar a otro, conectando las supuestas escenas del crimen.

—Señor Sears.

Te vuelves de espaldas.

Petrie entra a la sala y cierra tras de sí la puerta.

—Tome asiento.

Señala una mesa y sus dos sillas con un movimiento de la cabeza. Reparas en una grabadora, una libreta de notas y un bolígrafo azul. A pesar de que sabes que no eres un sospechoso habitual, reconoces en esos objetos instrumentos de interrogación habituales.

Vas hacia la mesa y te sientas.

Petrie toma asiento en la silla delante de ti, enciende la grabadora, recita su nombre, la fecha, la hora y el lugar. Viste con llamativa pulcritud: todo en su sitio, la chaqueta abotonada, el nudo de la corbata apretado y perfecto. Es un frío profesional, convencido de que ya lo ha oído todo y de que nada de lo que digas podrá sorprenderle.

—¿Preparado? —pregunta.

No sabes por dónde empezar. Hay mucho que decir; muchas son las corrientes que recorren el río.

—¿Preparado? —repite Petrie.

La voz de una mujer canta en tu cabeza.

Padre/Hermana

Tornado

Padre/Hija

Masacre

Eres un río de miedo en cuyas aguas revueltas giran los cuerpos. Estás en la trágica desembocadura de este río y debes ahora regresar a su nacimiento.

—¿Por dónde quiere que empiece? —preguntas.

Petrie se te antoja tan impenetrable y sólido como una piedra intacta.

—Decídalo usted mismo —responde.

Y eso es lo que haces.

1

Vivíamos en una casa destartalada y laberíntica de Victor Hugo Street que era la última posesión de la familia. Durante años, el Viejo había logrado tirar adelante sacando un poco de aquí y un poco de allá, como quien ensarta palomitas en un cordel: trabajando de editor por cuenta propia, escribiendo alguna reseña literaria, corrigiendo datos para alguna que otra publicación...; en suma, las migajas de la profesión literaria. A veces, cuando su ánimo en constante fluctuación se lo permitía, había llegado a trabajar como profesor sustituto en el instituto local. Él lo llamaba «labor educativa», y lo despreciaba. Sus alumnos estaban por debajo de él, casi tanto como los humildes y asalariados profesores que, según sus propias palabras, perseguían sus pensiones como si de los restos de sacrosantos mandatos judiciales se tratara. Su desprecio no tenía límite y estallaba en vertiginosos arrebatos de rabia.

En mitad de esos arrebatos, utilizaba el teléfono como un látigo. En la habitación en la que me obligaba a estudiar, convertido en un diminuto ente semioculto tras sus inmensas estanterías, le oía hojear las páginas en constante crecimiento de la «lista de enemigos» que conservaba a plena vista sobre su escritorio. Cada una de las entradas constaba del nombre y profesión del enemigo en cuestión junto con el juicio del Viejo, reducido a una única palabra: James Elton, profesor, lacayo; Carolyn Bender, editora, cobarde; Stephen Horowitz, director, charlatán... y así con todos. En algún momento seleccionaba inevitablemente algunos nombres de la lista de condenados. Entonces empezaban las llamadas.

Recuerdo una tarde en particular en la que de pronto me detuve delante de la entrada de su estudio y eché una mirada por la puerta ligeramente entreabierta. Estaba sentado tras su escritorio, gritando al teléfono: «Es usted un farsante, ¿me oye? ¡Un plagia-dor, eso es lo que es!» Seguí escuchando mientras él echaba chispas al tiempo que citaba los crímenes y los delitos de la persona a la que había llamado. Y así seguía sin freno hasta que de pronto se callaba y entonces oía la voz metálica e inexpresiva procedente del otro extremo de la línea: «El tiempo asignado a este mensaje ha expirado. Por favor, vuelva a llamar si desea continuar».

En aquel entonces a mí me resultaba patética toda esa tremenda ira inútilmente malgastada en el insensato oído de un contestador automático. El rey Lear había tronado contra nuestras miserias terrenales. Comparado con la del rey, la furia del Viejo parecía poco más que un falso desdén. Cuando murió, sentí que una fuerza oscura y devoradora por fin había quedado acallada. Llevé su muerte como un par de alas a la espalda.

Eso fue exactamente lo que le dije a mi hermana en el cementerio. Luego añadí:

—Puedes retomar tu vida, Diana. Ya no tienes que seguir cuidando de él.

Ella se limitó a asentir en silencio con la cabeza y luego echó una rosa sobre la tumba.

Y pensé: «Por fin se ha librado de él. Por fin puede ser feliz».

Pero entonces llegó la Muerte, como lo habría expresado el Viejo con su forzada y sentenciosa forma de hablar, una muerte inoportuna como el salteador de caminos cuyas poéticas hazañas Diana había recitado a menudo para complacerle: «Cabalgando, cabalgando, cabalgando hacia la puerta de la vieja posada», la oigo declamar todavía.

Fue un viernes por la tarde cuando se dio a conocer la sentencia del tribunal. Según el veredicto, nadie era culpable de la muerte de

Jason y nadie sería por tanto acusado de ella. Dado que para entonces Diana se había separado de Mark, su esposo, ella y yo nos sentamos en la primera fila de una sala de juicios prácticamente vacía a escuchar en silencio mientras el juez declaraba que Jason había sido «víctima de la desventura».

—Superficial —susurró Diana. Luego miró directamente al juez, observándole mientras él se levantaba y salía de la sala—. Superficial —repitió empleando un tono exacto al que utilizaba el Viejo cuando cerraba un libro y, con una sola palabra, pronunciaba su veredicto.

A punto estaba de levantarme, y esperaba que Diana hiciera lo mismo, pero ella no se movió.

—Aún no —dijo, tirándome con suavidad hacia abajo y obligándome a seguir sentado a su lado en el banco.

Se quedó un buen rato sentada con su mano sobre la mía y seguimos esperando mientras Mark se levantaba y abandonaba la sala. Llevaba una camisa blanca y pantalones de color azul marino, su atuendo habitual. Al marcharse, sus ojos buscaron fugazmente a Diana y con la misma rapidez desvió la mirada.

Diana, por su parte, no miró a Mark en ningún momento, sino que mantuvo los ojos fijos en la representación mítica de la justicia ciega que colgaba de la pared revestida de madera situada tras el asiento del juez. Respiraba despacio y rítmicamente y mantenía firmes las manos, sin el menor asomo de temblor. Tenía la espalda erguida y la cabeza erecta, y parecía decidida a seguir así, a no marearse ni desmayarse. Con semejante actitud, parecía más un guerrero que una madre embargada por el dolor, como si el propio dolor se hubiera convertido en una espada en alto. Tenía los ojos secos y apretaba con fuerza los labios, como quien se empeña en sellar un grito, aunque aparte de las pocas palabras que hasta entonces había pronunciado, de ella no salió el menor sonido. Tras un instante, cerró los ojos y durante esos escasos segundos llegó a dar la impresión de que acataba con resignación la decisión del tribunal, de que estaba dispuesta a aceptarla y a seguir adelante con su vida.

—Diana —le dije con suavidad—. Deberíamos irnos.

Asintió con la cabeza, pero sus ojos siguieron cerrados y su cuerpo inquietantemente inmóvil.

Un instante después, la gente empezó a llenar poco a poco la audiencia, entre ellos, Bill Carnegie, que tenía un aspecto adecuadamente solemne con su pulcro traje gris. Había representado a Mark en el divorcio, aunque poco era lo que había tenido que hacer aparte de transmitir la propuesta que Diana había aceptado de inmediato.

—Hola, Dave —dijo al pasar de camino a la mesa destinada a la defensa.

Diana abrió los ojos y clavó en él la mirada.

—Hola, señora Regan —dijo Carnegie.

—Ahora soy la señorita Sears —le respondió Diana, aunque sin la menor sombra de amargura. Su intervención fue simplemente la del verificador de datos dando fe de una pequeña corrección.

—Ah, sí, es verdad —dijo Carnegie.

—El tribunal ha decidido que mi hijo murió en un accidente —añadió Diana.

Bill me lanzó una mirada recelosa y se volvió una vez más hacia Diana.

—En fin, ha sido un placer volver a verte —dijo antes de echar a andar apresuradamente por el pasillo.

Nos levantamos y salimos de la audiencia a una radiante tarde de finales de septiembre. La luz era tan brillante que parecía centellear. Diana se hizo un moño y se lo sujetó a la coronilla, dejando a la vista su largo cuello blanco de un modo que resultó curiosamente sacrificatorio, como una mujer que está a punto de ser asesinada a cambio de un poco de lluvia.

Llegamos a mi coche y, sin decir nada, mi hermana ocupó el asiento del pasajero y esperó a que me sentara al volante. Siguió en silencio mientras yo metía la llave en el contacto, la hacía girar y me disponía a salir marcha atrás del espacio a la sombra en el que

había aparcado. Casi estábamos ya en la carretera principal cuando por fin habló de nuevo.

—La verdad es importante, ¿no crees, Davey? —preguntó.

Su pregunta me devolvió de pronto a las inquisiciones que tenían lugar durante la cena y que había tenido que aguantar al Viejo, preguntas filosóficas para las que él exigía respuestas tachonadas de citas. Su voz intimidatoria crepitaba en el aire: «¿Qué has de decir a eso, mi joven Dédalo?»

—Hablas como el Viejo —le dije.

—No pretendía recordarte a papá —respondió Diana.

Me encogí de hombros, fingiéndome indiferente a la mención de su nombre, aunque seguí recordando los interrogatorios nocturnos que tenían lugar durante la cena, en el curso de los cuales el Viejo escupía preguntas o me exigía que le recitara cualquiera de los pasajes que me asignaba. Yo siempre le respondía vacilante, tartamudeando y titubeando, olvidando algunos versos, quedándome en blanco. Y era entonces cuando Diana intervenía, levantando en el aire su manita blanca y salvándome de un ridículo o de una humillación mayores.

—*Casa desolada* —murmuró Diana.

Antes de la muerte del Viejo, era típico de ella encapsularlo todo en el título de un libro, como si su cabeza trabajara a modo de una especie de taquigrafía de alta velocidad. Sin embargo, la práctica había desaparecido junto a la tumba del Viejo y me sorprendió que de pronto la hubiera recuperado.

—No lo era para ti —dije—. Tú eras la niña de sus ojos.

Me vi de nuevo en la casa de Víctor Hugo Street, observando a Diana desde el sombrío rincón como un pariente pobre y escuchando mientras ella recitaba un fragmento tras otro. El Viejo estaba sentado en una silla delante de mi hermana con la espalda tiesa, respirando suavemente y con sus brillantes ojos negros clavados en ella. Esos pequeños recitales eran el modo que Diana había encontrado para aplacar los fuegos que ardían en el interior del Viejo, la rabia que le atormentaba al enfrentarse a la indiferencia

del mundo ante su genio, su corrupción y mediocridad. En suma, eso a lo que, citando al Rubáiyat, él llamaba: «el lamentable Orden de las Cosas en toda su complejidad».

—Podía ser cruel —dijo Diana—. Acuérdate de lo que te dijo el último día.

Le vi volverse hacia mí mientras ella me llevaba a su estudio. Percibí el frío destello en sus ojos, la boca torcida, las espantosas palabras que salieron de ella. «Para mí no eres más que polvo.»

—Pero estaba loco —dijo mi hermana—. No sabía lo que hacía.

Indudablemente, el humor de Diana había empezado a apagarse. Maniobré para detener su descenso.

—¿Por qué no cenas esta noche con nosotros? —le pregunté—. Nos irá bien relajarnos. Ha sido un día muy largo.

Asintió con la cabeza sin decir nada.

—Bien —dije al tiempo que pulsaba el pequeño botón de la consola con el que cerré con seguro todas las puertas.

Clavó sus ojos en mí.

—No pienso saltar del coche, Davey —dijo—. Sé muy bien lo que hago. —De pronto parecía embargada por un recuerdo desolador—. Ni se te ocurra pensar nunca que soy como papá.

—Entonces, ¿no vio nada que le resultara particularmente alarmante?
—pregunta Petrie.

Como bien sabes, en cualquier película antigua de detectives, Petrie estaría repantigado en su sillón con una camisa arrugada, quizá también con tirantes, y desde luego fumando. Hablaría empleando un lenguaje parco y típico de un tipo duro y se referiría a ti utilizando palabras tipo «colega» o «amigo» al tiempo que te apremiaría para que «largues lo que sabes». Pero la versión moderna es pulcra y viste impecablemente. Petrie es licenciado universitario, tiene el título de criminólogo por John Jay y es un gran conocedor de perfiles, así como poseedor de una astucia extraordinaria para definir el comportamiento humano.

—¿Ninguna señal que pudiera ponerle sobre aviso? —añade Petrie.

Rebuscas en tu memoria a la caza de esas señales. ¿Había acaso ese día algo salvaje en los ojos de Diana? ¿Viste quizás una chispa de locura en ellos? Esas preguntas dirigen tu mente hacia otra más profunda: en todo largo viaje hacia el error; ¿dónde se produce el primer equívoco?

Cuando te haces esa pregunta, vuelves a ser un niño sentado en una escalera en penumbra, de cara a la puerta y apretando entre los dedos una bola de goma roja. Ves abrirse la puerta y a Diana de pie en la luz, iluminada por el sol que entra desde su espalda. ¿Fue entonces cuando todo empezó?

La mirada de Petrie no vacila:

—¿Nada... sospechoso?

—No.

—¿Cuál fue entonces su primera sospecha?

No estás seguro. ¿Quizá la referencia a *Casa desolada*? ¿O quizás el modo en que viste enturbiarse su humor la primera vez que mencionaste al Viejo?

—¿Señor Sears?

Es el uso cortés que hace Petrie del modo formal y directo con el que requiere tu atención lo que te devuelve a la habitación, a la mesa, al suave ronroneo de la grabadora. Señor Sears. Como si fueras un cliente o un paciente. Señor Sears. Como si pudieras levantarte y marcharte. Señor Sears. Como si no tuvieras las manos manchadas de sangre.

—¿Alguna idea, por vaga que sea? —repite Petrie a fin de recordarte la inminente cuestión, el trillado camino del asesinato, quizás una carretera llena de curvas, aunque normalmente por la que se circula con franca facilidad, salpicada de señales que dicen SEXO o DINERO.

—Su hermana —añade Petrie—. Una pista, por vaga que sea.

Sabes que tienes que darle algo.

Y lo haces.

—Quizás esa misma noche en mi casa —respondes—. Lo que ocurrió con los simios.

2

Yo vivía en una urbanización. Las casas estaban muy cerca las unas de las otras y se levantaban en parcelas pulcras y sencillas, de modo que todo, las rutas más salvajes, había sido sacrificado en aras del orden. De haber podido encontrar una ciudad amurallada, probablemente la habría elegido, consciente como lo era de que el Viejo a menudo había deambulado por nuestras vulnerables calles. Habíamos salido en su busca muchas veces, pero esa tarde, mientras llevaba a Diana a mi casa, volví a acordarme de un episodio en particular. En aquel entonces mi hermana era ya lo bastante mayor como para tener carné de conducir, de modo que yo debía de tener trece años: demasiado pequeño para rebelarme y por lo tanto todavía bajo la severa instrucción del Viejo que me ordenaba leer, leer y leer.

Le habíamos visto merodear por los alrededores del recinto universitario, donde más tarde provocaría un bochornoso espectáculo y sería arrestado por la policía que patrullaba la zona, para ser luego transferido al hospital psiquiátrico de Brigham.

—Ahí está —dije al verle cruzar un campo arrastrando los pies, convertido en una figura inmensa de hombros enormes, sin abrigo y con la cabeza descubierta, vestido tan sólo con unos holgados pantalones de pana y una sucia sudadera gris a pesar del viento frío y de la gélida lluvia que empujaba a otros transeúntes a pasar junto a él tan deprisa que probablemente no podían oír una sola palabra de lo que mascullaba.

Diana aparcó junto al bordillo, bajamos del coche y fuimos hacia él mientras ella no dejaba de gritar:

—Papá, papá.

El Viejo se volvió al oírla, luego se quedó donde estaba y esperó a que le alcanzáramos.

—Tienes que volver a casa. Ahora —le dijo Diana.

Yo le toqué el brazo, pero no dije nada.

En cuanto sintió mi contacto, retiró el brazo.

—Tú eres las Damas —me dijo. Volvió la mirada hacia Diana—. Y tú eres el Ajedrez.

Era la primera vez que formulaba una comparación tan declaradamente desagradable. Durante la noche siguiente no dejé de darle vueltas, presa de una agitación en la que Diana reparó más tarde y que intentó consolar con palabras cariñosas: «Eres el mejor hermano del mundo, Davey».

Esa tarde, en el coche parecía que me tocaba a mí ser quien la consolara a ella.

—Deberías plantearte mudarte a esta parte de la ciudad —le dije—. Quizás a una casa al final de la calle.

—Mark quería vivir fuera de la ciudad —dijo Diana como si estuviera reconsiderando la cuestión—. Lejos —añadió—. Aislado.

Por eso alquilaron un viejo caserón de piedra situado a varios kilómetros de la ciudad, remoto y rodeado de bosques, con un gran estanque cercano.

—Dijo que era lo mejor para Jason —añadió Diana.

Se me ocurrió que así había sido, pues su aislamiento le había proporcionado muchas menos distracciones de las que de otro modo le habrían atormentado, entre ellas el tráfico y otros niños, que aunque no eran en sí nada fuera de lo común, habrían colmado de desasosiego al pequeño Jason.

—¿Piensas quedarte en la casa? —pregunté.

Diana negó con la cabeza.

—No. Sin Jason, no.

Vi a su hijo en mi cabeza: un chiquillo rubio y pálido como su madre, aunque con los ojos oscuros y brillantes de su padre. Luego

pensé en mi hija Patty, en la vida que se anunciaba ante ella. Volví entonces a pensar en Jason y en lo poco que había podido disfrutar de la magnificencia de la vida, y no sólo porque sus años hubieran quedado sesgados de pronto, sino porque incluso esos años le habían sido arruinados, pues su mundo estaba tan sumido en sombras que probablemente no había podido vislumbrar ni un solo rayo de luz.

Abby estaba sentada en el porche cuando Diana y yo llegamos. Es una mujer alta, delgada, con una larga melena castaña y unos grandes ojos verdes. Nos conocimos en Old Salisbury, donde trabajé brevemente como pasante en un bufete de abogados, y me resultó una mujer tranquila y humilde, en nada propensa a los desafíos. Nos casamos un año después, y desde entonces hemos construido una vida basada en limar aristas, en evitar el conflicto, un mundo en el que había que respetar las opiniones de papá, o de alguien, en el que ninguna línea se difuminaba jamás ni te evitaba hasta el infinito.

Abby se levantó y se acercó por el camino de acceso a la casa cuando mi hermana y yo bajábamos del coche.

—Qué alegría verte, Diana —saludo visiblemente encantada.

—El juez ha dictaminado que la muerte de Jason fue un accidente —le dije a fin de quitarnos cuanto antes la cuestión de encima.

Abby asintió suavemente con la cabeza.

—Bien, supongo que debemos alegrarnos de que se haya cerrado el caso —dijo.

—Cerrado —repetió mi hermana como si estuviera repasando las diversas definiciones que ofrecía el término, intentando decidir si alguna de ellas era relevante para su estado de ánimo.

—Diana se queda a cenar —me apresuré a añadir—. Se me ha ocurrido que podríamos preparar algo en el jardín. No hace nada de frío.

Entramos a la cocina. Serví una copa de vino a cada uno y salimos después a la terraza a encender la barbacoa. Una puerta de cristal separaba la terraza de la barbacoa, y a través de ella vi a Abby preparando una ensalada mientras mi hermana se sentaba en un taburete de madera a escasos metros de ella. Diana escuchaba, pero no decía nada. Tenía los dedos relajadamente cerrados alrededor del cristal, como si semejante sustento, la comida y la bebida de la vida, no fueran más que una simple ocurrencia tardía.

Nuestra hija Patty llegó cuando la cena estaba servida. Tenía quince años y no podía ser más típica: miembro de la banda del instituto, un buen número de notables en el boletín de las notas y vestida con ropa de Gap o de Old Navy, exactamente lo contrario que Nina, la hija de mi socio Charlie, una adolescente gótica que vestía siempre de negro, que no dejaba de teñirse el pelo de colores fosforescentes y cuya repentina presencia en el despacho siempre me llevaba a preguntarme qué podía llevar escondido en el bolsillo de su largo abrigo negro.

—Hola, tía Diana —saludó educada Patty al sentarse.

Diana le dedicó una mirada curiosamente penetrante, como quien arranca el yeso de una pared para poder ver la estructura que se oculta debajo.

—¿Cómo estás, Patty? —preguntó con un tono inesperadamente solemne y que en cierto modo pareció pillar a mi hija por sorpresa.

—Bien —fue su respuesta.

Diana tomó un sorbo de vino, pero sus ojos no se apartaron de los de Patty.

—¿Sabías que los simios jamás podrán hablar? —preguntó.

Patty negó con la cabeza.

—Lo leí anoche —prosiguió Diana—. Aunque un simio tuviera la misma inteligencia que la de un humano, no podría hablar.

—¿Por qué no? —preguntó mi hija, cuya curiosidad parecía haberse encendido de un modo que me sorprendió.

—Porque el tubo que va de las cuerdas vocales a la boca y a

la nariz es demasiado corto —respondió Diana—. No hay espacio suficiente para que el aire vibre, de modo que no puede articular palabras. —Pareció refugiarse de pronto en algún lugar lejano, donde se quedó durante un instante para volver después, clavando de nuevo la mirada en Patty—. ¿Lees mucho? —preguntó.

Patty me lanzó una mirada burlona y se volvió hacia Diana.

—Lo que me mandan.

—Papá nos obligaba a leer sin descanso —dije.

Diana me miró.

—Schiller —dijo—. ¿Te acuerdas de Schiller?

Claro que me acordaba. Sin embargo, negué con la cabeza, sabiendo como sabía que, independientemente de lo que pudiera recordar sobre él, Diana recordaría siempre mucho más.

—Decía que antes del amor, debíamos de ser incapaces de sentir la muerte de los demás —dijo Diana—. Incluso la de nuestros hijos. Debíamos de ser totalmente insensibles. —Volvió a mirar a Patty y levantó su copa—. Esperemos que tu vida sea cualquier cosa menos eso —terminó.

Poco después de la cena, llevé en coche a Diana a su casa de Old Farmhouse Road. Era una noche fresca, despejada y tachonada de estrellas, y de pronto me acordé de la expresión que había asomado al rostro de mi hermana la primera vez que había visto el famoso cuadro de una noche estrellada de Van Gogh. El Viejo nos había llevado a la Modern en uno de sus «viajes educativos», como él los llamaba, y que a menudo incluían campos de batalla y pueblos históricos cercanos. Era nuestro primer viaje a Nueva York. Diana tenía doce años, llevaba un vestido azul marino, calcetines blancos y zapatos negros. Estaba preciosa como lo están a veces las niñas cuando rozan ya los albores de la adolescencia. Tenía la mano entrelazada en el brazo del Viejo como si deseara anclarlo a ella, aunque durante las últimas semanas él se había comportado casi con

normalidad, tomando sus comidas a sus horas y peinando los periódicos en busca de trabajo.

—Las pinceladas son muy profundas —apuntó Diana de pie delante del cuadro.

Mi padre asintió con la cabeza.

—Van Gogh murió muy joven —dijo con un hilo de voz.

Diana observó los circulares y profundos surcos azules.

—Quizá siempre lo supo —dijo.

Me volví a mirarla en el coche y vi su rostro casi como lo había visto esa noche en el museo, serio y extrañamente inquisitivo, y esos ojos que te dejaban colgando sobre el vacío como un par de ganchos.

—¿Hablas con Mark alguna vez? —preguntó—. Creía que llamaría.

—No, no me ha llamado.

Asintió enérgicamente con la cabeza y bajó del coche. Luego esperó a que me reuniera con ella al final de la acera.

Cuando la alcancé, se volvió y fuimos juntos hacia la casa.

—¿Qué te hace pensar que Mark podría haberme llamado? —pregunté.

—Creía que tendría preguntas que hacerte.

—¿Sobre qué?

—Sobre mí —respondió—. Sobre el hecho de que le doy miedo. —Me miró—. Ésa es la expresión que utilizó. Como si pudiera clavarle un cuchillo.

Me reí ante esa visión de la violencia de mi hermana y de lo exagerada que me resultó, casi tan imposible como la idea de su huida.

—Me dijo que mis ojos le daban miedo —añadió—. Mi mirada.

Su mirada se tornó muy intensa, como la de quien observa atentamente un objeto muy grande o muy pequeño. En ese momento no habría sabido decir cuál de las dos posibilidades era más cercana a la realidad.

—No me llames durante un tiempo, ¿de acuerdo? —dijo—. Ya sé que quieres saber cómo estoy, pero no llames, por favor. Quiero pensar con calma unas cuantas cosas. —Sonrió—. Estaré bien, en serio. Sólo quiero pasar un tiempo sola.

—De acuerdo —dije.

—Yo te llamaré —me tranquilizó—. No te preocupes. Te llamaré cuando esté preparada.

«Cuando esté preparada.»

Pensé a menudo en sus palabras durante los días siguientes, en lo que realmente había querido decir con ellas. Al principio no les supuse ningún significado oculto. Se me ocurrió que tan sólo había manifestado que estaba preparada para hacer sola el resto del camino hasta su casa, preparada para abrir la puerta y entrar. Hizo esas cosas apenas unos segundos más tarde. Sin embargo, más adelante llegué a la conclusión de que esa noche me había declarado su intención de soltar por fin los hilos que durante tanto tiempo la habían atado, las fieles amarras de su vida, y navegar hacia el lugar cuyos peligros los cartógrafos de la antigüedad no habían podido imaginar, ni contra los que nada habían podido hacer salvo promulgar la oscura e inútil advertencia que inscribían en sus mapas: «Aquí moran los dragones».